

# ESTUDIO DE LOS EMERGENTES SOCIALES ANTE EL AISLAMIENTO SOCIAL EN UNA PANDEMIA

ALFONSO VÁZQUEZ MOURE



Quisiera poder entender qué ha ocurrido en la sociedad a raíz de esta crisis sanitaria. Han transcurrido tres meses y podemos observar de forma retrospectiva, parcialmente algo de lo sucedido. Digo parcialmente porque el camino lo seguimos andando, si bien quizás hemos recorrido la parte más dura, sin saber muy bien cómo será este camino en el futuro.

Podríamos analizar lo sucedido desde diversos puntos de vista, pero, bajo mi parecer, dos son los principales, ambos íntimamente relacionados. Me refiero, por un lado, a lo ocurrido en lo político como consecuencia de toda la crisis y, por otro lado, a lo ocurrido en la sociedad.

Para hacer un estudio detallado de lo ocurrido, habría que valorar los distintos pasos políticos y sociales. Sin embargo, no es esto lo que yo me planteo. Mi objetivo es más simple. Me propongo intentar entender lo que ha ocurrido en la sociedad, qué es lo que ha pasado en la sociedad para hacer lo que ha hecho, y comprenderlo sin incluir el argumento político. Para ello, me propongo hacer una lectura de lo

ocurrido en la sociedad en estos tres meses como si fuera una sesión grupal, entendida ésta como un conjunto de integrantes que se reúnen para llevar a cabo una tarea.

La tarea que tenía esta sociedad, no se había realizado nunca. La tarea era proteger a la mayor parte posible de la población de caer infectada y evitar un colapso sanitario que hiciera imposible la atención de los enfermos, para lo cual era obligatorio permanecer encerrados en casa sin ningún contacto social. No había protocolos de actuación. Aparecieron una serie de directrices generales y sobre ellas se fueron construyendo una serie de actuaciones.

En un grupo, los integrantes deciden participar voluntariamente. A lo sumo, aceptan la indicación que les plantea su terapeuta para participar en la terapia grupal. Además, saben sobre qué van a trabajar, conocen si acudirán a un grupo de relajación, de habilidades sociales, de estimulación cognitiva, de psicoterapia... Sin embargo, esta sociedad no participó voluntariamente en esta tarea. Ha tenido que

participar activamente en realizar la tarea de evitar tanto infectarse como infectar a otros, haciendo algo que no había hecho nunca, esto es, quedarse inmovilizados los sujetos en sus residencias. Todos.

En un grupo, el encuadre está establecido desde el inicio: frecuencia, duración de la sesión, en qué lugar se celebra, quienes intervienen y en condición de qué, así como la duración del grupo. Sin embargo, si bien supongo que se han empleado informaciones de actuaciones realizadas entre epidemias anteriores, el encuadre social se ha ido construyendo a medida que pasaban los días, con cierta sensación de aventura confusa, teniendo que hacerla casi a ciegas y sin margen para el error. No sabíamos el tiempo que duraría este maratón en el que estaba incluida toda la sociedad, pero sabíamos que se realizaría en los domicilios, con los convivientes en los domicilios, y sin relaciones sociales.

Por lo tanto, un encuadre ya no sólo nuevo, sino nunca realizado, obligado y sin relaciones sociales. Este encuadre sería impensable si no se dieran las condiciones extremas en las que fue obligado llevarlo a cabo, porque significaba obligar a toda una sociedad a aislarse y no tener relaciones entre ellos. Ya no solamente entre sujetos que se pueden asociar por distintos motivos en determinados momentos, sino romper radicalmente los vínculos externos con muchos de aquellos otros significativos en la vida de cada uno. Por ello me parece importante evaluar cómo afronta esta sociedad este encuadre y hacerlo analizando exclusivamente lo que hizo esta sociedad.

Para conocer lo que hizo la sociedad, me he planteado ser un observador en un grupo centrado en una tarea e ir recogiendo los emergentes que han ido surgiendo según mi punto de vista. Entiendo que muchos de estos emergentes, cualquier otro terapeuta situado en el lugar de un observador los habría

escogido de la misma manera que he hecho yo, pero cada uno podría haber leído algún otro emergente que para él pudiera resultar significativo.

Entiendo un emergente como una palabra, una frase, un sonido, un gesto, una conducta, es decir, algo que está ocurriendo en un grupo, en una institución, en una comunidad.

Además, el emergente tiene relación con la tarea que se esté llevando a cabo. Por otro lado, el emergente forma parte de todo el grupo, llevando implícito el sentir de todo el grupo, no sólo el de aquellos que emiten el emergente, es decir, el portavoz o los portavoces, por lo que todo su contenido está latente. Este emergente, en este momento, y por una serie de motivos personales, grupales, institucionales o comunitarios, es mostrado por uno o varios de sus integrantes.

Si como observador de este grupo fuese tomando notas de los emergentes ocurrido en la sociedad y los tuviese que leer posteriormente al grupo, institución o comunidad, serían algo así como lo que sigue.

**SILENCIO.  
AUSENCIA.  
APLAUSOS.  
MÚSICA.  
LAS CACEROLAS.  
LOS PASEOS.  
LAS TERRAZAS.**



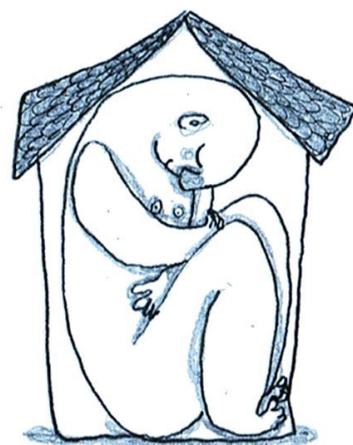
Si nos situamos como un observador grupal en el espacio grupal, lo primero que llama la atención es, por un lado, la gran ausencia de seres vivos. Incluso los pocos que se muestran tienen escasa relación entre ellos, es más, incluso se aprecia una evitación de cualquier objeto. Además, por otro lado, es llamativa la ausencia de medios de transporte mecánicos. Es decir, lo que percibimos es la ausencia de

objetos. En una sociedad las relaciones sociales forman parte de la cotidianeidad. En el caso que nos ocupa, de forma brusca las relaciones sociales desaparecieron. Y me refiero específicamente a las relaciones fuera de las viviendas o del trabajo de cada sujeto, puesto que algunos de los sujetos tenían relación con las personas con quienes compartía vivienda, algunos otros tenían incluso, además, relación con compañeros del trabajo, pero también ha habido personas que han estado totalmente aislados.

Esta ausencia de relaciones objetales parece provocar un repliegue libidinal sobre el yo, causante de un aumento del narcisismo y responsable de la forma de relacionarnos en esta situación excepcional con los otros en el entorno social, e incluso tendríamos que preguntarnos cómo ha sido esta forma de relacionarnos en el orden familiar y laboral, pero estas últimas reflexiones caen fuera del objetivo propuesto.

Las relaciones sociales que había eran rápidas, breves, con ningún tipo de contacto físico, siendo el único contacto el auditivo y el visual. Se apreciaba una tensión asociada a la rapidez de las relaciones, pareciendo tanto tener urgencia por no estar en las calles, como un temor al otro. El otro se convierte en un elemento amenazante, un posible agresor, ante el que hay que adoptar una actitud de evitación. Parecería que los sujetos adoptasen una actitud de aislamiento en ellos mismos percibiendo al otro como un agente agresor.

Este temor a la relación con cualquier otro en un entorno social está acompañado por la tendencia a aislarse en la vivienda, en donde parecía haberse adquirido una sensación de completa seguridad, un lugar de inmunidad automática. La vivienda sería esa madre que nos da una sensación de seguridad total, con quien nos sentimos invulnerables, quien nos protege de cualquier adversidad externa. Volvemos a ser unos seres indefensos e incapaces, necesitando un vientre en el cual instalarnos, nuestra vivienda, con quien nos fusionamos para sentir una protección que nosotros no somos capaces de darnos.



La ausencia de objetos externos nos permite imaginarnos qué objetos son los que podrían estar allí, esto es, qué objetos son los que echamos en falta. Los objetos desaparecidos nos hacen activar las representaciones que tenemos de los objetos externos en nuestro mundo interno. Lo único que podemos emplear, en lugar de los objetos externos ausentes, son los objetos internos que fueron introyectados, así como como la vinculación emocional a ellos. Por lo tanto, el objeto externo ausente es sustituido por el mundo interno, concretamente por el grupo interno, constituido éste por el objeto interno introyectado y el vínculo bidireccional entre el objeto y el propio sujeto. Consecuentemente, la ausencia de objeto externo, junto con el objeto recordado, hace aflorar el sentimiento que define este vínculo.

¿QUÉ TE LLEVARÍAS A UNA ISLA DESIERTA?

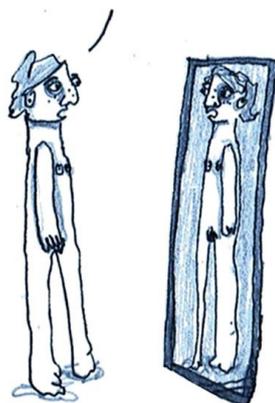


Una última propuesta para este emergente de la ausencia de objetos externos es la sensación producida ante el hecho de ver la ausencia de objetos. Podía hacernos recordar a ese buda que nos presenta Lacan con los ojos semicerrados, si bien también podríamos decir que están semiabiertos, el cual vería una ausencia objetal con la que manifiestamente se muestra una calma y una tranquilidad, pero que de forma implícita conduce a una sensación de angustia, surgiendo la angustia precisamente ante la ausencia del objeto, siendo la presencia del objeto la que suprimiría la angustia. Pero es que la ausencia del objeto, además de permitir aflorar un estado emocional ante la ausencia del objeto, nos permite sentir con más nitidez la falta, aquello que hemos perdido más allá de la pérdida del objeto. Esta falta parece poder mostrarse con más nitidez ante la ausencia manifiesta que se muestra ante nosotros.

Una sociedad cuando se relaciona utiliza fundamentalmente el cuerpo, la mirada, la voz y el oído. Ya hemos expuesto algunos argumentos sobre lo que puede pasar en una sociedad que no se relaciona, que no se ve, así como la tensión e intranquilidad en lo que muestra con el cuerpo en los escasos momentos de interacción.

Pero es que, además, la sociedad usa los sonidos para relacionarse, tanto a la hora de emitirlos como a la hora de recibirlos. Y no me refiero exclusivamente a la voz, a la palabra, sino a todos los sonidos que produce esta sociedad, como los causados por los vehículos de automoción, los motores, los pitidos, los frenazos, los cuales por ellos mismos son una fuente de significados, cuando menos manifiestos. Sin olvidar todos los sonidos industriales y de todos los sectores que prestan sus servicios a la sociedad.

TE ECHO DE MENOS



Todo lo anterior se vio interrumpido de golpe, de un día para otro. Este hecho hace recordar a esas sesiones en las que todos los integrantes de un grupo están asociando para, de repente, pasar a guardar silencio. A veces son silencios largos, lo cual me conduce a pensar cómo sería una sesión grupal, incluso una sesión individual, en la que no se hablase. Tendríamos que estar pendientes de los pocos movimientos o sonidos que se produjeran y preguntarnos qué quieren decir.

En este sentido, uno de los datos más destacables ante este silencio social, consistía en que rápidamente era percibido cualquier sonido, el cual, además, se percibía magnificado, por lo que todo aquello que no había sido visto podía ser detectado con el oído, el cual hacía que automáticamente se pusiera en funcionamiento la visión. Un objeto que había pasado desapercibido ante la vista, bien por estar oculto tras otros objetos, bien por no haber sido visto debido a la distracción de quién está mirando, ante cualquier mínimo sonido que pudiera haber emitido de forma no intencionada, se hacía presente. Los objetos, por ser escasos y por romper el

silencio, pasaban a ser vistos. Era difícil que si un objeto era escuchado pasase desapercibido en el medio social.

No es una novedad que el sonido nos conduzca a mirar y ver al objeto que produce el ruido. Lo que sí es novedad es la magnitud con la que el solitario sonido nos hace aparecer en nuestro campo un objeto, y lo hace de forma tal que en el que mira pudiera exacerbarse un instinto de ver, muchas veces sin ser visto, lo cual le podría proporcionar una sensación de goce o de poder por poseer información del objeto sin ser éste conocedor de ello, aunque en otras ocasiones el que ve podría ser visto, en cuyo caso, después del

momento inicial que sigue al hecho de reconocer el origen ruido, podía conducir a evitar seguir viendo al objeto visto, debido a la sensación de ser visto por el objeto al que antes veía él y romperse de esta modo el goce o el poder del instinto de ver.

Los objetos percibidos, oídos o vistos, podían sentirse observados, incluso en alguna ocasión podían sentirse cuestionados, o llegar a sentirse perseguidos por el simple hecho de ser un objeto presente en un lugar en el no estaba permitido estar. El sonido implicaba que el objeto pasase a ser visto y a poder sentirse investigado o cuestionado por alguien que le veía, quien se podía convertir, además de un voyeur, en quien podía hacer que en el observado se activase su juicio evaluador y cuestionador por la conducta que estaba llevando a cabo.

Si bien la ausencia de sonido puede presentar una sensación de tranquilidad por la ausencia de estresores externos, en algún momento conducirá a sentir la ausencia de objetos emisores de sonido, de forma que esta ausencia de objetos puede conducir a la angustia, por lo persistimos en que la angustia no es sin objeto, en este caso por la ausencia del objeto.

Así como la ausencia de los objetos podía conducirnos a lo que falta, también la ausencia de sonido podía conducirnos a aquello que nos falta, haciéndolo por lo que evoca la ausencia de sonido. Y es que la ausencia de sonido es el negativo del sonido, es como el negativo del shofar que nos muestra Lacan como instrumento del culto judío que

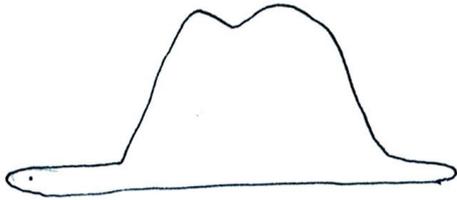
permitiría acercar al pueblo a la divinidad. De la misma forma, el silencio de la ausencia de sonido nos permite evocar nuestra falta de forma más eficiente. Finalmente, también podría ocurrir que tanto el silencio como el sonido destacado ante un fondo de silencio, podrían evocarnos tanto diferentes objetos como la vinculación entre un sujeto y su objeto, es decir, podría evocarnos de nuevo el grupo interno del mundo interno del sujeto.

De nuevo el mundo interno surge activado ante determinados estímulos externos, mejor incluso, ante la ausencia de los estímulos externos, en virtud de los que emergen las faltas, nuestros deseos. El mundo interno con su grupo interno constituido por el sujeto, su objeto y su vinculación bidireccional, vuelve a aparecer como lo que surge ante la ausencia de objetos externos y la posible vinculación con ellos.

Un hecho ha permitido que este grupo internopudiera mostrarse en la realidad, al menos parcialmente, bien solo mediante palabra, o bien mediante la palabra y la visión en una pantalla plana, y es la posibilidad que permitió el desarrollo de las telecomunicaciones en poder relacionarse en la realidad con esos objetos internos de esos grupos internos del mundo interno de casa sujeto. Esto permitió reforzar los vínculos con los objetos externos, lo cual redundó en reforzamiento de los vínculos internos. Pero también se pudo producir la situación contraria, una ausencia de la vinculación con objetos externos que condujese a un deterioro de la vinculación con el objeto del grupo interno. Es posible que se pudiese haber llegado a conocer cuál era la vinculación real



¿QUÉ VES AQUÍ?



UN SUJETO CON UN OBJETO INTERNO  
QUE ES, A SU VEZ, UN SUJETO  
CUYO OBJETO LE HA DEVORADO

...

¡NO! ES UN SOMBRERO

en ese grupo interno entre el sujeto y el objeto interno, de forma que en base a ello su hubieran tomado decisiones que en condiciones normales no se hubiera podido realizar. Ante la activación del grupo interno de cada sujeto, la nueva tecnología, que nos permite mantener relaciones en la realidad, pudo haber situado a los grupos internos, y dentro de ellos a la vinculación de los sujetos con los objetos internos, en su justo lugar, permitiendo conocer más fielmente la realidad de la vinculación con ellos.

El emergente más reconocible han sido, sin duda, los aplausos. Toda esa sociedad ausente y silenciosa de repente surge provocando un estruendo de aplausos y de pitidos de coches. El motivo manifiesto era también claro, el agradecimiento a los sanitarios ante la tarea que estaban realizando en los hospitales para cuidar a la sociedad afectada por la infección.

Las personas aparecían en las ventanas o en las terrazas y aplaudían. Y se miraban, se saludaban, se hablaban, incluso a gritos para

poder escucharse. De repente la visión y la audición estaban presentes de forma activa. Las personas se relacionaban con la vista, la voz y el sonido. También con el cuerpo, con os manos dando palmas, lo brazos saludando, y el cuerpo moviéndose, bailando.

Me resulta difícil precisar si lo primario era relacionarse para luego liberar los instintos para la vinculación, o si lo primario era el surgir los instintos que se mostraban a través de la vinculación con los otros y que se encontraban conscientemente reprimidos. Quizás sería mejor decir suprimidos, precisamente porque eran conscientes de ello. En cualquier caso, lo que se producía era una explosión de las relaciones sociales y de los impulsos de estar ligados a los otros.

Parece que surgía en la sociedad un deseo de verse y oírse, persistiendo censurado por la distancia física obligada entre los sujetos el deseo de tocarse, pero por el momento bastaba con verse y oírse. Este deseo de relacionarse y de mostrar los instintos de vincularse a otros, parecía algo muy primario, muy básico. Es por ello el no saber precisar si era deseo o necesidad. Tal vez fuese una necesidad, debido a ser algo muy en lo consciente, pues la sociedad sabía que no podía relacionarse. Pienso incluso que los impulsos instintivos surgiesen estimulados por esta necesidad de relación dando lugar a la explosión del impulso de relación, mostrándose cuando la gente se saludaba de unas ventanas a otras y hablaba, gritaba, para mostrar, en general, ese instinto interno que nos conduce a vincularnos con los otros.

Más allá de dar gracias a quienes cuidaban de la sociedad y de dar respuesta a la necesidad de relacionarse y el instinto de vinculación al otro, parecía haber en los aplausos una actitud de mostrarse, exhibirse vivos ante los otros. Esta actitud se mostraba, más claramente que en los aplausos, en el conjunto de hechos ocurridos inmediatamente después de los aplausos, es decir, en la música surgida en



las viviendas y que querían compartir con el resto de la sociedad, en la colaboración entre sujetos de distintas viviendas a la hora de tocar cada uno instrumento para servir a la comunidad de distracción, en la interacción del resto de la sociedad escuchando la música reproducida a través de equipos de audio, atendiendo con intensidad a los músicos en vivo, o bailando.

En algunos casos esta actitud podía obedecer a una conducta actuadora, histriónica, manifiesta en los sujetos que se mostraban bailando, gritando a los otros invitándoles a otras conductas histriónicas. Pero, sobre todo, este exhibirse a los otros era mostrar una especie de sobreactuación, una especie de conducta maníaca causada por un exceso de libido del yo motivada por la imposibilidad de vincularla al quedar liberada de objetos con los que vincularse como consecuencia de la ausencia de relaciones sociales. Este exceso de libido del yo, motivada por su retorno desde el objeto ante la ausencia del objeto, es empleada en mostrar un yo omnipotente. Lo que ocurre es que una vez agotada la libido con estas conductas excesivas, lo que nos muestra es la ausencia del objeto, y esta pérdida de objeto es la que provoca la herida narcisista sufrida por esta población.

Claro que también podemos ver que estos aplausos eran una forma de mostrar la angustia surgida de la tensión, la lucha, entre lo que impedía el mostrar los impulsos de vinculación y el intento de éstos por poder surgir. Y también esa angustia surgía ante ese objeto invisible e ilocalizable, pero potencialmente mortal, diciendo con los aplausos y la música que, por el momento, no

nos habíamos cruzado con ese objeto agresor, pero estábamos temerosos de poder hacerlo.

Este emergente, los aplausos, dio paso a otro emergente que surgía una hora después de terminados los aplausos. Era un ruido metálico, agudo, con un ritmo repetitivo y monótono, que recordaba los sonidos percusivos afro – caribeños, pero sin un ritmo adecuado para bailar. Habían surgido “las cacerolas”.

La gente estaba en las terrazas y en las ventanas con dos objetos metálicos, uno de ellos con capacidad suficiente de resonancia y otro que percutía sobre el primero. Sin embargo, la forma de estar las personas era diferente a cómo estaban aquellos que emitían los aplausos. No estaban alegres, no hablaban, no bailaban. Sólo percutían un objeto sobre otro para emitir un sonido. No estaban tristes, estaban con caras serias, como enfadados, y mudos. Se empleaban con seriedad, enfado y sin mediar palabra en su tarea dar golpes con los dos instrumentos metálicos que tenían.



OMNIPOTENCIA + ACTING-OUT

Recordaban esas personas severas, que emplean siempre el mismo argumento de forma repetitiva e inflexible, sin modificar su conducta. Como alguien que obsesivamente se marca una tarea y tiene que realizarla ajena a cualquier condicionante externo. Parecían estar en la posición de querer tener el falo, de verse como completos, como quien domina todo, quien dirige todo, quien tiene todo bajo su supervisión.

También podían recordar a los jueces al dictar sentencia en un juicio, impactando con el mazo en el plato de madera. Pero no era, como en el caso de los jueces, un único sonido sordo causado por un impacto de madera sobre madera, sino un sonido metálico, repetitivo, que tendía a ser agudo, que lo que podría parecer que pretendía era llamar la atención molestando para que se atendiera a lo que quería decir. Y lo que parecía que quería decir ese sonido es cuestionar críticamente algo. No sólo criticar, ya que podía percibirse más latentemente un cierto desprecio hacia lo criticado, decirle lo desvalorizado que lo sentía.



Como estamos en la metáfora judicial, podemos plantearnos que ese sonido quería imponer un ritmo, el cual, siguiendo el significado del emergente de la cacerolada, podría ser normativo, monótono, inflexible, que pretendía que cualquier otro se moviese a su antojo, sin tenerle en cuenta, haciéndole andar con pasos muy rápidos y muy cortos, como si fueran pisando un suelo de brasas humeantes o empujados desde la espalda por



una fuerza continua y constante, sin poder salir de ese sendero trazado, ni poder pararse a pensar qué está pasando.

Este emergente de “las cacerolas”, surgido de un sonido repetitivo, compulsivamente repetitivo, posiblemente estaba mostrando transferencialmente a la sociedad algo que no se podía manifestar en lo manifiesto, un deseo de agresión, un instinto agresivo. Este se hacía más evidente si vemos en que consistía el acto de “la cacerolada”. No era batir armónicamente unas palmas con una cara de alegría, o de temor y tristeza por la pérdida yoica ocurrida. No. Era un golpear dos objetos metálicos entre ellos, era casi hacerle daño al instrumento metálico mas resonante con el instrumento metálico más romo. Era una forma de manifestar ese instinto agresivo latente.

Durante el emergente de los aplausos, entre el batir las palmas y el inicio de la música, en algunos lugares de la sociedad, pero no de manera generalizada, aparecen otros emergentes. Ocurrió con ellos como con los emergentes en los grupos, en donde cuando surge un emergente que no es rebatido por otros integrantes grupales, pasa a ser considerado un emergente de todo el grupo. Me estoy refiriendo a que tras los aplausos comenzaban a aparecer símbolos de mucha fuerza, tanto el himno como la bandera, e incluso al final cierta exaltación patria.

Podemos pensar que estos símbolos se mostraban para dar apoyo a unos sujetos debilitados en su yo, afectados en su narcisismo por haber sido agredidos por un objeto invisible, tan aparentemente insignificante. Podríamos ver como estos símbolos permitirían seguir vinculados a un otro que proporcionaba un ideal.

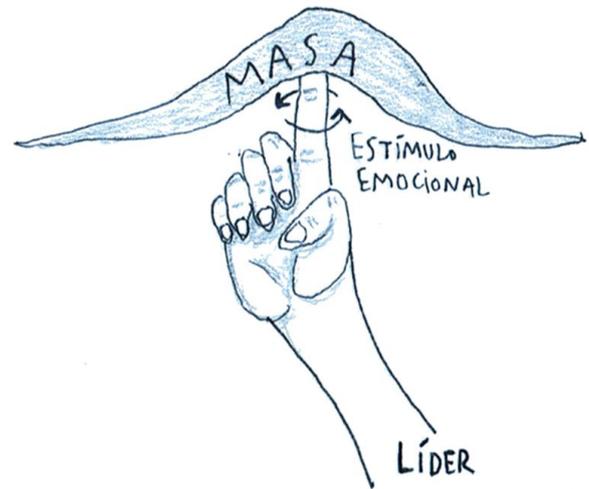
Ya no se incluía a toda la sociedad, sino a aquellos que aceptaban esos símbolos, y no sólo que los aceptasen, sino que los aceptasen en ese preciso momento y para este fin. Todo aquel que no aceptase estos símbolos en el aquí y ahora, era automáticamente excluido y pasaba a ser objeto de un sentimiento crítico. Más latente estaba la semilla de la obsesividad, del poder, del dominio, de la minusvaloración y de la agresión al otro, aquello de lo que hemos hablado en los párrafos anteriores.



Vuelve a hacerse actual Freud y su “psicología de las masas y análisis del yo”. Parte de la sociedad se encontraba ligada, por un lado, entre ella y, por otro, ligada a unos símbolos, de forma que parte de la sociedad, convertida en masa, dejó de pensar y comenzó simplemente a actuar por instintos.

Sólo faltaba algún líder visible que fuese capaz de manipular a esa masa para hacer con ella lo que él estimase oportuno, simplemente apelando a la parte más primaria de cada uno,

a la parte más instintiva, más emocional. Es aquí cuando surgen las manifestaciones de las banderas pidiendo libertad.



« el secreto está en la masa »

La masa se encuentra vinculada al líder, quien toma decisiones para provocar una reacción de la masa, porque éste evoca las emociones que pueden causar una reacción inmediata. El líder conoce cómo se siente la sociedad, se vuelve empático con la sociedad señalando aquello a lo que la sociedad es más sensible. La sociedad se ha quedado aislada, sin relacionarse, sensible ante la cantidad de muertos, preocupada por cuál va a ser el futuro, muchos de ellos sin ingresos económicos y sin trabajo. La sociedad encuentra bueno que alguien entienda lo que le pasa, que alguien ponga en palabras todos sus problemas, por lo que se sienten vinculados a este que hace suyos los problemas sociales y, además, se sienten identificados a otros que presentan sus mismos problemas.

Esta sociedad convertida en masa sigue los dictados del líder y se siente poderosa, omnipotente, confrontando las indicaciones dadas para prevenir la enfermedad que está afectando a la sociedad y sintiéndose inmune al riesgo de una infección. La sociedad se siente agredida y perseguida, de forma que al serle señalada esta agresión y el malestar y

rabia generados por ellos, lo que surge es una liberación de instintos agresivos junto a una desinhibición de la conducta que conduce a actitudes omnipotentes. Pero, además, el líder señala un responsable, con lo cual la agresión y la omnipotencia ya tienen un objeto claro, otro líder.

Hubo otra parte de la sociedad que no reaccionó de esta forma. Algunos de sus miembros no fueron afectados por algunos de los condicionantes que condujeron a verse vinculados con el líder que se hacía cargo de sus problemas, lo cual les hacía menos reactivos a un estímulo emocional provocado por el líder. También podía ocurrir que no se sentían vinculados al líder, o a este líder.

No fue lo habitual, por lo que no podemos considerarlo como un emergente, pero Algunos miembros de la sociedad se vincularon al segundo líder, el líder señalado como responsable, o a su movimiento político, así como también estos miembros de la sociedad se vincularon a otros miembros de la sociedad también vinculados al segundo líder, el líder señalado, convirtiéndose en masa. De esta forma, ambas masas terminaron enfrentadas en algún caso.

Señalo esto, porque me parece relevante lo vulnerable que es la sociedad ante situaciones que muestran manifiestamente reacciones emocionales surgidas ante determinados conflictos, las cuales manejada por líderes que sepan mover estos aspectos, suponen un factor de riesgo relevante. El mundo actual nos muestra sobrados ejemplos de este tipo de líderes, siendo también otro buen motivo de reflexión, en conexión con el político, el conocer en manos de quién estamos y, sobre todo y especialmente, cómo es posible que hayan llegado estos sujetos a ser líderes sociales, qué ocurre en la sociedad para que permita que emerjan estos dirigentes.



reflexión, en conexión con el político, el conocer en manos de quién estamos y, sobre todo y especialmente, cómo es posible que hayan llegado estos sujetos a ser líderes sociales, qué ocurre en la sociedad para que permita que emerjan estos dirigentes.

Sin embargo, la agresión y la omnipotencia a la que hacíamos referencia, no fueron llevadas hasta los puntos extremos, bien al contrario, parecían tener un límite, el cual no fue tanto un límite moral o un límite ético que no había que traspasar, sino que el límite fue más bien la norma que permitía comenzar una cierta actividad relacional, esto es, primero los paseos y luego las terrazas.

Los paseos permitieron a la sociedad podía salir de la situación obsesivamente repetitiva y monótona ocurrida durante el aislamiento. Por fin se tenían otros objetos externos con los que poder relacionarse, aunque fueran objetos extraños, pero permitían salir de ese bucle repetitivo generador de psicopatología. Al menos temporalmente durante unas horas.

Un hecho significativo ocurrido, fue que los paseos permitieron las manifestaciones que siguieron a las cacerolas, a las banderas y al himno. Las propias manifestaciones, incluso el despliegue de símbolos, no dejaron de ser una forma de relacionarse entre objetos, si bien con todas las características específicas que mencionamos con anterioridad.

Los paseos permitieron recuperar estímulos visuales y auditivos causados por vuelta de los objetos externos a nuestra interacción. La falta visual o auditiva tras la ausencia de objetos parecía quedar alejada de los sujetos. De la misma forma, los objetos internos y su vinculación con las representaciones del sí mismo parecían pasar a un segundo plano.

Lo que parecía relevante era la presencia ante los sujetos de objetos externos con lo que poder interaccionar con la vista y el oído, también con

el cuerpo, aunque sólo fuera porque los veíamos en su tamaño real, no en la distancia ni a través de una pantalla, y porque se tenían que sortear, puesto que toda la sociedad estaba deseosa conscientemente de salir de la obsesividad repetitiva del aislamiento y poder mínimamente interactuar.

La aparición de las terrazas fue la recuperación de una forma habitual de relación social, que además traía de la mano una interacción social más adaptada a la normalidad con un mayor número de objetos externos. Sin embargo, no había sitio para todos, no todos podían estar, y había que hacerlo con previsión. Si se utilizaba el azar, podía ocurrir que no podías disfrutar de esta forma de interacción social.

Sin embargo, no surgían conflictos. Es más, comenzaron a desaparecer dos de los emergentes, tanto los aplausos como las manifestaciones. Daba la sensación que el haber adquirido la posibilidad de relacionarse permitía, si no desaparecer, si aliviar la angustia, el temor. Además, la presión hospitalaria disminuyó y el trabajo sanitario comenzó a volver a una situación más normalizada. Por otro lado, muchos de los sujetos comenzaron a realizar un estilo de vida más similar al que tenían antes de la catástrofe sanitaria.

Respecto a las manifestaciones, parece que, así como los paseos permitieron su aparición, las terrazas aceleraron su desaparición, así como

también hicieron desaparecer la vinculación de los sujetos a un líder empático activador de emociones primarias.

Si la sociedad tiene silentes una serie de emociones muy primarias, que son fácilmente manipulables, parece menos vulnerable a la acción de líderes que pueden manejar esas emociones sociales, y una forma de mantener esas emociones silentes, parecer ser el permitir una relación externa sujeto – objeto.

En este punto permanecemos, al menos en el centro de esta península. Hemos pasado de la angustia extrema, casi psicótica, a una angustia más neurótica, en la que los sujetos se mantienen estables.

Sin embargo, no sabemos a partir de aquí qué va a pasar y cómo va a reaccionar la sociedad. Podemos plantearnos muchas incógnitas. Cómo será la movilidad entre provincias, no sabemos si surgirán conductas paranoides al sentirse unos agredidos por los otros, o a la inversa. No sabemos cómo serán las relaciones a partir de ahora. Tampoco sabemos si el método de este trabajo, el estudio de los emergentes sociales ante el aislamiento social en una pandemia, realizado como si la sociedad fuera un grupo, podemos emplearlo con nuestros pacientes.

Estamos en una situación confusa y parece que la clarificación sólo la podremos conseguir al ir avanzando en el camino.

ALFONSO  
VÁZQUEZ MOURE

